



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

DIECINUEVEMILLONES

PRIMAVERA 2020 - CUARTA SEMANA DE OCTUBRE

De entre los mejores comienzos...
de Magnet

Prólogos de Gabriel García Márquez
Centro Harry Ransom U. de Texas

Prólogos
Edmundo Moure

Witold Gombrowicz
Biografías

1. ¿ ?

Apruebo

Rechazo

2. ¿ ?

Convención
Mixta Constitucional

Convención
Constitucional



En estos días de efemérides y de magnos sucesos, les invitamos a recordar y a redescubrir aquí los comienzos de muchos de aquellos libros que forman parte de nuestra historia cultural; y también a traer a la memoria otros aniversarios tales como, por ejemplo, los cien años de *Alsino*, de Pedro Prado, los setenta años de *Canto General*, de Pablo Neruda, los sesenta de *Eloy*, de Carlos Droguett, o los veinte de *Impuesto a la carne* de Diamela Eltit, de *El cielo*, de Nona Fernández, de *Escenario de guerra*, de Andrea Jevtanovic o de *Nocturno de Chile*, de Roberto Bolaño...

Pero también les invitamos a descubrir nuestra nueva publicación, *La caída del ángel negro*, novela de Tomás J Reyes, una obra que, desde su inicio, nos sorprende y nos conduce por los intrincados, penetrantes y enigmáticos mundos de la memoria personal y social.

¡Excelentes lecturas y relecturas!

El editor de Zuramérica

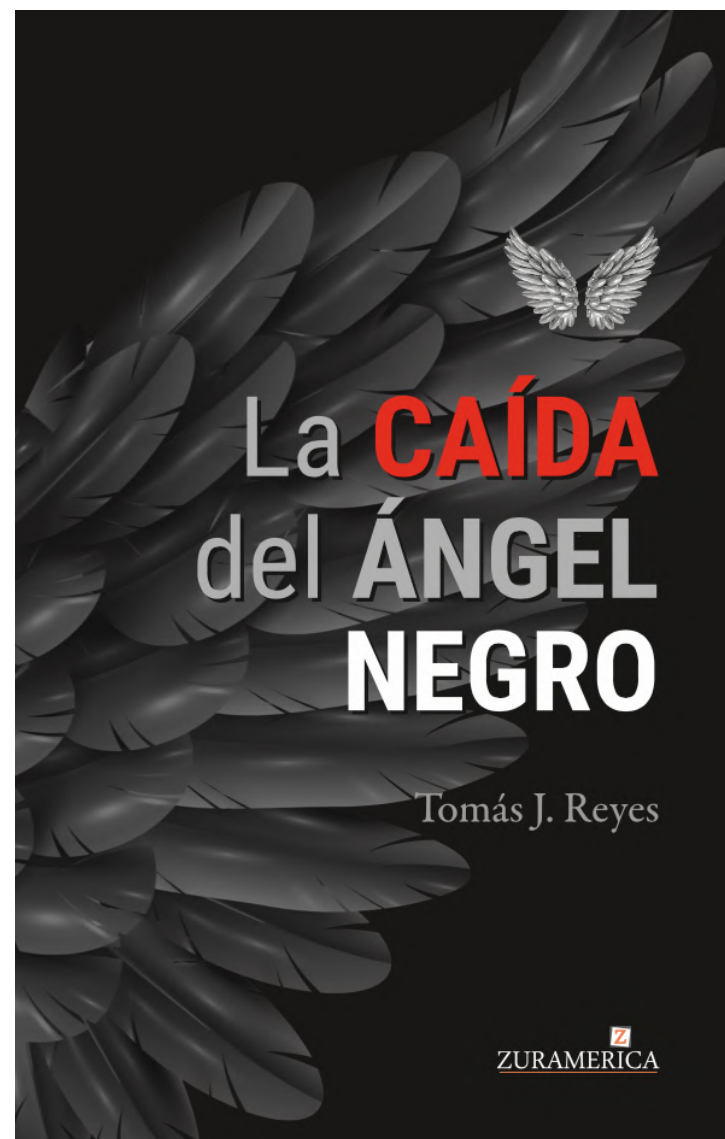
Ya está disponible

TOMÁS J. REYES, Talca, Chile (1966). Hizo estudios superiores en la Universidad de Talca. Ha publicado poesía, cuento y ensayo en revistas chilenas e internacionales. Es veterano de las luchas sociales y políticas de los años ochenta. Vive en un antiguo convento de la isla Tristán de Acuña. Un personaje sin familia, aislado, reticente. Criado por su abuela y las hermanas de ella, en condiciones bastante difíciles. La lectura y escritura fueron su refugio. No participa en concursos literarios ni adhiere a grupos o escuelas. Cree en la literatura como en un «rito solitario», un modo de acercarse al conocimiento de sí mismo y del mundo. A pesar de ello, ha sido finalista en varios certámenes importantes.


ZURAMERICA

236 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-9776-08-3 **\$ 11.900.-**

Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com



DE ENTRE LOS MEJORES COMIENZOS EN LA LITERATURA

El orden en que se presentan...
es irrelevante



de Magnet

Dada la extensión mediana de una novela, su primera frase no parece ser demasiado determinante. Al fin y al cabo, restan decenas de miles tras ellas. Sin embargo, son numerosos los libros clásicos y modernos cuyas primeras palabras han definido, al menos icónicamente, su posterior legado. Formas de introducir una historia, tan carismáticas como memorables, que ocultan tras de sí no sólo un brillante dominio del lenguaje y del ingenio, sino también la esencia misma de la novela a la que preceden por completo.

El nombre de la rosa, de Eco

En el principio era el Verbo y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios. Esto era en el principio, en Dios, y el monje fiel debería repetir cada día con salmodiante humildad ese acontecimiento inmutable cuya verdad es la única que puede afirmarse con certeza incontrovertible.

Fallecido hace algunos años, Umberto Eco desplegó en *El nombre de la rosa* todo su talento narrativo. Y aquí, en sus primeras palabras, encontramos parte de las claves de su relato: juegos semióticos, significante-significado, contexto religioso, dogma y, a la postre, una novela de misterio deliciosamente medieval que sería llevada al cine en una excelente película homónima. Cuyo inicio, claro, no es igual de poderoso.

Historia de dos ciudades, de Dickens

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto. En una palabra, aquella época era tan parecida a la actual, que nuestras más notables autoridades insisten en que, tanto en lo que se refiere al bien como al mal, sólo es aceptable la comparación en grado superlativo.

Uno de los más emblemáticos párrafos de inicio de la historia de la literatura universal, y también uno de los más citados en todos los recopilatorios. Pierde algo de fuerza en la traducción, pero refleja igualmente la dicotomía constante entre el Londres conservador de finales del siglo XVIII y el París convulsionado, revolucionario, a las puertas del XIX, la *Historia de dos ciudades* que Charles Dickens inmortalizó en una novela de riquísima prosa, a mitad de camino entre lo histórico, lo social y lo eterno.

El extranjero, de Camus

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: "Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias". Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer.

El absurdo elevado a su máxima potencia. El inicio de *El extranjero*, posiblemente la obra cumbre de Camus, es maravilloso y una oda al talento creativo por sus dotes introductorias. Leyendo sus escuetas palabras se vislumbra el completo universo de duda, desazón tranquila y carencia total de relación empática o afectiva de Meursault, el personaje de la novela, incapaz de relacionarse con el mundo gastado que le rodea.

Colmillo Blanco, de London

A un lado y a otro del helado cauce de erguía un oscuro bosque de abetos de ceñudo aspecto. Hacía poco que el viento había despojado a los árboles de la capa de hielo que los cubría y, en medio de la escasa claridad, que se iba debilitando por momentos, parecían inclinarse unos hacia otros, negros y siniestros. Reinaba un profundo silencio en toda la vasta extensión de aquella tierra. Era la desolación misma, sin vida, sin movi-

miento, tan solitaria y fría que ni siquiera bastaría decir, para describirla, que su esencia era la tristeza.

De un plumazo, Jack London introdujo el universo narrativo de todas sus novelas centradas en las tierras más septentrionales de América del Norte: tanto *Colmillo Blanco* como *La llamada de lo salvaje* se imbrican de la tristeza inherente a la descomunal belleza del Yukón, de Alaska, tan abandonada como solitaria e intimidatoria. También para sus protagonistas, animales u hombres, diminutos ante la naturaleza.

Miedo y asco en Las Vegas, de Thompson

Estábamos en algún lugar de Barstow, muy cerca del desierto, cuando empezaron a hacer efecto las drogas. Recuerdo que dije algo así como:

—Estoy algo volado, mejor conduces tú...

Y de pronto hubo un estruendo terrible a nuestro alrededor y el cielo se llenó de lo que parecían vampiros inmensos, todos haciendo pasadas y chillando y lanzándose en picado alrededor del coche, que iba a unos ciento sesenta por hora, la capota bajada, rumbo a Las Vegas.

Psicodelia descarnada, crudo contexto realista y el desierto y Las Vegas como coartada: *Miedo y asco en Las Vegas*, la obra más reconocida de Hunter S. Thompson, también quedó condensada en ese inicio ubicado en medio de ninguna parte, dando continuidad a una historia de la que, tan sólo por su presentación, sabemos ya demasiado.

Los detectives salvajes, de Bolaño

He sido cordialmente invitado a formar parte del realismo visceral. Por supuesto, he aceptado. No hubo ceremonia de iniciación. Mejor así.

Aquel 2 de noviembre se iniciaron las aventuras narradas de Juan García Madero, protagonista central de la primera y la tercera parte de *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. El realismo visceral, o el infrarrealismo, formaría parte del eje temático en el que Bolaño insertaría la poesía y a sus escritores sudamericanos radicales del siglo XX en la novela. ¿Quién podría negarse a tamaña aventura? No Madero, no el lector.

***Anna Karenina*, de Tolstoi**

Todas las familias dichosas se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera.

Y cuáles no son infelices, se preguntaría Tolstoi a lo largo de *Anna Karenina*, no su novela cumbre, sí una de las más trepidantes. Lo sería la de Karenina, sin duda, una mujer presa de amores indebidos entre la alta nobleza rusa, tiempo antes de la caída de la monarquía y del desmoronamiento del mundo antiguo. El universo que tan certeramente retrató Tolstoi y que aquí se disfraza de relato de costumbres, usos y romances.

***El camino*, de Delibes**

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así.

Lo fantástico del inicio de la tercera novela de Miguel Delibes, *El camino*, es que podría aparecer en la primera línea de cualquier obra de

narrativa del mundo. Sin embargo, sólo él la escribió: condensación de la novela, conjunto de hechos que derivan en una serie de consecuencias, Delibes advierte sobre el mundo desgarrado de posguerra que se dispone a relatar. Fue así, pero nada impidió que fuera de otro modo.

***Asfixia*, de Palahniuk**

Si vas a leer esto, no te preocupes. Al cabo de un par de páginas ya no querrás estar aquí. Así que olvídalo. Aléjate. Lárgate mientras sigas entero. Sálvate. Seguro que hay algo mejor en la televisión. O, ya que tienes tanto tiempo libre, a lo mejor puedes hacer un cursillo nocturno. Hazte médico. Puedes hacer algo útil con tu vida. Llévate a ti mismo a cenar. Tíñete el pelo. No te vas a volver más joven. Al principio lo que se cuenta aquí te va a cabrear. Luego se volverá cada vez peor.

No es habitual que un libro te invite a dejar de leerlo en la primera línea. Palahniuk lo hizo en *Asfixia*, en un posterior relato sobre la vida extravagante, excéntrica y satirizada de Víctor Mancini, y por ello merece aparecer aquí.

***El Aleph*, de Borges**

La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita.

De entre los muchos y muy memorables inicios que Borges escribió a lo largo de su vida, ¿es quizá el de *El Aleph*, el cuento, el más fantástico, en todos los sentidos de la expresión, le-

gó? Es difícil decirlo, pero sí es seguro que se trata de uno de los más emblemáticos. Aquí, Borges se sumergiría de forma total en la fantasía, a lo largo de una serie de cuentos breves y apasionantes donde lo real chocaba con lo imaginado.

El jardín de cemento, de McEwan

Yo no maté a mi padre, pero a veces me he sentido como si hubiera contribuido a ello.

En ocasiones, y al margen de su contexto formal dentro de la temática y de la corriente literaria de la obra, un inicio es por sí mismo una pequeña obra de arte. La de Ian McEwan, inmortalizada en la primera página de *El jardín de cemento*, golpea en el mentón a primera vista, introduce una historia aún por suceder y

ya sucedida, y explica el carácter emocionalmente turbulento de sus personajes. Es fantástico, perfecto.

La máquina del tiempo, de H. G. Wells

El Viajero a través del Tiempo (pues convendrá llamarle así al hablar de él) nos exponía una misteriosa cuestión. Sus ojos grises brillaban lanzando centellas, y su rostro, habitualmente pálido, mostrábase encendido y animado. El fuego ardía fulgurante y el suave resplandor de las lámparas incandescentes, en forma de lirios de plata, se prendía en las burbujas que destellaban y subían dentro de nuestras copas.

Y a partir de aquí, de tan fascinante descripción de una escena común, la de un puñado de amigos reunidos con la dedicación expresa de charlar, es imposible salir de la historia narrada por H. G. Wells en *La máquina del tiempo*. El misterio y el poder de lo oculto, tan consus-

tancial al empuje de la novela, se manifiesta en su inicio de cara al lector tan sólo con el nombre del inquietante protagonista: El Viajero a través del Tiempo.

***Cien años de soledad*, de García Márquez**

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

Lo fantástico como lo cotidiano: García Márquez acuñó en *Cien años de soledad* uno de los inicios más célebres de la historia de la literatura juntando pasado y presente de la familia Buendía, mezclando la cruda realidad de la guerra y la ejecución de uno de sus personajes principales con las aventuras demenciales de su progenitor, asentado tiempo atrás en una re-

mota villa de las montañas, obsesionado con escapar mentalmente a través de los inventos y objetos maravillosos que, como el hielo, traían los zíngaros a su aldea.

Y precisamente, merece la pena recalcar esto último, que no es sólo un detalle kitsch, sino una forma de hilar el inicio y el final del capítulo, en un primer pasaje demencial y de locura. Casi al final del mismo, y tras toda una odisea de aventuras, cuando el hielo ya sólo es un remoto recuerdo en nuestra mente, volvemos a él, volvemos a la niñez de Aureliano Buendía y al inicio del libro, no con las mismas palabras, pero sí de igual forma:

Aquellas alucinantes sesiones quedaron de tal modo impresas en la memoria de los niños, que muchos años más tarde, un segundo antes de que el oficial de los ejércitos regulares diera la orden de fuego al pelotón de fusilamiento, el coronel Aure-

liano Buendía volvió a vivir la tibia tarde de marzo en que su padre interrumpió la lección de física, y se quedó fascinado con la mano en el aire y los ojos inmóviles, oyendo a la distancia los pífanos y tambores y sonajas de los gitanos que una vez más llegaban a la aldea, pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de Memphis.

El hielo, nada menos.

El mundo de Sofía, de Gaarder

...al fin y al cabo, algo tuvo que surgir en algún momento de donde no había nada de nada...

No es un inicio al uso, sino más bien una frase entre puntos suspensivos, colgando del primer párrafo de *El mundo de Sofía*, esa guía de la filosofía occidental resumida en un aparente cuento para niños. Y la frase, que pende de un hilo

tras el título del primer capítulo, se desglosa a lo largo del resto del libro: de la nada surge el algo, y de la respuesta a tan imposible pregunta, nace la filosofía, concentrada aquí de forma rica y simple.

El túnel, de Sábato

Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne; supongo que el proceso está en el recuerdo de todos y que no se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona.

Pero se necesitarán, de hecho, y el resto de *El Túnel*, la novela más reconocida de Ernesto Sábato, girará en torno a ellas. Sin embargo, como inicio resulta altamente excitante, e invita a devorar las consecuentes páginas de una narración de carácter pesimista, psicológico y

existencialista a través de los cajones de la mente tanto de Juan Pablo Castel como de María Iribarne, verdugo y víctima.

La familia de Pascual Duarte, de Cela

Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo.

Ambientada en la Extremadura rural de posguerra, *La familia de Pascual Duarte* narra las desventuras y penurias de esta, encarnizada en primera persona por Pascual Duarte, un hombre incapacitado para la habilidad social que tiende a resolver sus problemas por la vía violenta. Él, escribió Cela, no era malo. Y aunque pudiera parecerlo, no lo era, pero motivos, en aquella España deshecha, no le faltaban.

Romancero gitano, de Lorca

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

¿Habría de ser todo novela? En absoluto. En su *Romancero Gitano*, Lorca legó algunos poemas maravillosos jalonados por inicios de una sutil belleza y musicalidad, como el que más arriba se transcribe, de Baladilla de los tres ríos.

A sangre fría, de Capote

El pueblo de Holcomb está en las elevadas llanuras trigueras del oeste de Kansas, una zona solitaria que otros habitantes de Kansas llaman "allá".

¿Es particularmente memorable el inicio de *A sangre fría*, la novela de no ficción que catapultó a la celebridad a Truman Capote? Depende de la respuesta a la siguiente pregunta: ¿es particularmente memorable *A sangre fría* desde un punto de vista literario? Sí, claro, aunque no desde la novela ficcionada, sino desde un ejercicio de periodismo en larguísima prosa donde Capote, situando la acción en la remotísima Holcomb, retratada en dos líneas como el aislado pueblo que era, narra con multitud de detalles, extensas descripciones y profundos perfiles la historia de un crimen que conmovió a todo un país.

***Yo, Claudio*, de Graves**

Yo, Tiberio Claudio Druso Néron Germánico Esto-y-lo-otroy-lo-de-más-allá (porque no pienso molestarlos todavía con todos mis títulos), que otrora, no hace mucho, fui conocido por

mis parientes, amigos y colaboradores como "Claudio el Idiota", o "Ese Claudio", o "Claudio el Tartamudo" o "Clau-Clau-Claudio", o, cuando mucho, como "El pobre tío Claudio", voy a escribir ahora esta extraña historia de mi vida.

Con una debida distancia cómica, Robert Graves se puso en la piel de Claudio, el emperador romano, para contar su vida desde su propio prisma, y no desde el de los demás. Relevante, no en vano, ya que Claudio fue un gobernante controvertido y polémico. Por otro lado, Graves se sirve de su relato en primera persona, y del esbozado por otros sobre él, para narrar el cómo del poder romano.

***Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Twain**

No sabréis quién soy yo si no habéis leído un libro titulado *Las aventuras de Tom Sawyer*, pero no importa. Ese libro lo escribió el señor Mark Twain y contó la verdad, casi siempre. Algunas

cosas las exageró, pero casi siempre dijo la verdad. Eso no es nada.

No lo era, como ponen de manifiesto todas las trepidantes obras de Mark Twain, donde la honestidad cotiza a la baja pese a ser presentada como el más noble de los valores humanos, junto a la amistad. Huckleberry Finn representa esa inquebrantable bondad, truncada, en ocasiones, en un entorno hostil y salvaje como los estados sureños de aquel primitivo Estados Unidos. A Twain, todo esto le sirve, además, para enlazar con una novela quizá aún más célebre que la que nos ocupa: *Las aventuras de Tom Sawyer*.

***Fahrenheit 451*, de Bradbury**

Constituía un placer especial ver las cosas consumidas, ver los objetos ennegrecidos y cambiados. Con la punta de bronce del soplete en sus puños, con aquella gigantesca serpiente es-

cupiendo su petróleo venenoso sobre el mundo, la sangre le latía en la cabeza y sus manos eran las de un fantástico director tocando todas las sinfonías del fuego y de las llamas para destruir los guiñapos y ruinas de la Historia.

¿A qué temperatura prende el papel de un libro como *Fahrenheit 451*? Según el título de la novela de Ray Bradbury, a 451 grados Fahrenheit, claro. La temperatura idónea para su mundo distópico, uno en el que la quema de libros es obligada, y en el que el poder de la destrucción es más fuerte que el de la creación.

***Scaramouche*, de Sabatini**

Nació con el don de la risa y con la intuición de que el mundo estaba loco. Y ese era todo su patrimonio.

Hay inicios que han superado la prueba del tiempo aún cuando sus novelas no lo han hecho. La primera frase de *Scaramouche*, sin duda, aparece en más recopilatorios de "lo mejor de" que la propia novela de Sabatini, un correcto trabajo de aventuras en torno a la comedia del arte y la Francia prerrevolucionaria.

Orgullo y prejuicio, de Austen

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.

Jane Austen difícilmente podía haber experimentado en primera persona el matrimonio cuando escribió *Orgullo y prejuicio*, pero conocía, o había observado con la suficiente clarividencia,

el sistema de relaciones, prejuiciosas y orgullosas, de la alta sociedad británica de finales del siglo XVIII. Y sobre el amor y esa misma sociedad, cambiante en una época de cambio histórico, versaría su novela más célebre, la de un inicio arrebatador que estipulaba un cliché, o un mandamiento social, antes de la obra.

Si una noche de invierno un viajero, de Calvino

Estás a punto de empezar a leer la nueva novela de Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*. Relájate. Recógete. Aleja de ti cualquier otra idea. Deja que el mundo que te rodea se esfume en lo indistinto. La puerta es mejor cerrarla; al otro lado siempre está la televisión encendida. Dilo en seguida, a los demás: «¡No, no quiero ver la televisión!» Alza la voz, si no te oyen: «¡Estoy leyendo! ¡No quiero que me molesten!» Quizá no te han oído, con todo ese estruendo; dilo más fuerte, grita: «¡Estoy empezando a leer la nueva novela de Italo Calvino!» O no lo digas si no quieres; esperemos que te dejen en paz.

Como hemos visto, las metarreferencias en los inicios de libro no son demasiado extravagantes. Mark Twain lo hizo, y también Chuck Palahniuk. Italo Calvino optó en *Si una noche de invierno un viajero* por una aproximación distinta a la de Palahniuk, invitando gozosamente a la lectura antes que, ahuyentando al lector, buscando crear de antemano un vínculo de confidencialidad entre la persona que acude al primer párrafo, el libro y el resto del mundo exterior. *Si una noche de invierno un viajero* es, además, coherente a su inicio: hipertextual, plagada de saltos de historias en historias y en continua referencia al lector y a sí misma.

***Lolita*, de Nabokov**

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el ter-

cero, en el borde de los dientes. Lo. Li. Ta. Era Lo, sencillamente Lo, por la mañana, un metro cuarenta y ocho de estatura con pies descalzos. Era Lola con pantalones. Era Dolly en la escuela. Era Dolores cuando firmaba. Pero en mis brazos era siempre Lolita.

¿Qué añadir a lo ya escrito sobre *Lolita*, la obra más célebre de Nabokov, y su inicio? Poco: es fiel al espíritu perverso de la novela, es rítmico y es tremendamente evocativo, es tan descriptivo como estilístico y es de un talento descriptivo casi visual. Sin duda, uno de los mejores inicios de la historia.

***Moby Dick*, de Melville**

Llamadme Ismael.

La solemnidad filosófica y reflexiva de *Moby Dick*, una gigantesca elegía metafórica sobre la condición del ser humano frente a la naturaleza, al resto de seres humanos y a su propio carácter, se relata en primera persona. Es Ismael, al que muy amablemente tenemos la invitación de llamar por su nombre en la primera línea, quien nos monta en el Pequod y sobre el que observamos la historia del barco, de Ahab y de la enorme ballena blanca. Puro ícono de la literatura universal, es una introducción perfecta.

El Hobbit, de Tolkien

En un agujero en el suelo, vivía un hobbit. No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

La obra de Tolkien es fantástica no sólo por su arco temático, por la riqueza de su universo fantasiosos y por las historias en las que sus personajes, como Bilbo Bolson, se ven involucrados, sino también por las descripciones sobrias y precisas, repletas de imágenes visuales, a través de las que llegamos a sus mundos. *El Hobbit* se inicia con una fotografía perfecta y definitiva de la vida de un hobbit, y está bien así.

Luces de Bohemia, de Valle-Inclán

Hora crepuscular. Un guardillón con ventano angosto, lleno de sol. Retratos, grabados, autógrafos repartidos por las paredes, sujetos con chinches de dibujante. Conversación lánguida de un hombre ciego y una mujer pelirrubia, triste y fatigada. El hombre ciego es un hiperbólico andaluz, poeta de odas y madrigales, Máximo Estrella. A la pelirrubia, por ser francesa, le dicen en la vecindad Madama Collet.

Valle-Inclán, el hombre que hoy sería Kanye West, describió la España decadente post-desastre del 98 a través de los riquísimos diálogos de *Luces de bohemia*, obra de teatro que, en sus pausas y pasajes descriptivos, se convertía en una narración esplendorosa del carácter de la sociedad española del momento, de sus artistas bohemios, como Max Estrella, al que conocemos en esta introducción, y de sus personajes accesorios. La España oscura, nocturna y alcohólica de *Luces de bohemia*, en un párrafo.

La metamorfosis, de Kafka

Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto.

Al igual que *Lolita*, *La metamorfosis* cuenta con una de las primeras frases más glosadas de la historia de la literatura. Tanto por su aspecto formal, la narración cotidiana y tranquila de hechos extraordinarios e imposibles, como por su temática: no necesitamos más que una línea y un título para saber qué nos depara *La metamorfosis*.

El Quijote, de Cervantes

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de

campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llama Quijana; pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Se explica por sí mismo.

El hombre invisible, de Ellison

Soy un hombre invisible. No, no soy uno de aquellos trasgos que atormentaban a Edgar Allan Poe, ni tampoco uno de esos ectoplasmas de las películas de Hollywood. Soy un hombre real, de carne y hueso, con músculos y humores, e incluso cabe afirmar que poseo una mente. Sabed que si soy invisible ello se debe, tan sólo, a que la gente se niega a verme. Soy como las cabezas separadas del tronco que a veces veis en las barracas de feria, soy como un reflejo de crueles espejos con duros cristales deformantes. Cuantos se acercan a mí únicamen-

te ven lo que me rodea, o inventos de su imaginación. Lo ven todo, cualquier cosa, menos mi persona.

Cabe plantearse, como hacía Norman Mailer, si no estaba Ellison, en realidad, tremendamente equivocado: ¿hay algo más visible en la sociedad americana que un negro? ¿Existe alguien que pase menos desapercibido en todo contexto social que un afroamericano? Ambos planteamientos, la de la visibilidad o la de la invisibilidad, depende de cómo se planteen, redundan en lo mismo: las diferencias raciales, el racismo, la discriminación y los múltiples retos a los que los hombres y las mujeres afroamericanos, a mediados del siglo XX, afrontaban en su día a día. Todo ello, introducido en un párrafo magistral.

Fiebre en las gradas, de Hornby

Me enamoré del fútbol tal como más adelante me iba a enamorar de las mujeres: de repente, sin explicación, sin hacer ejercicio de mis facultades críticas, sin ponerme a pensar en el dolor y en los sobresaltos que la experiencia traería consigo.

Al igual que en *Alta fidelidad*, las vivencias personales de Nick Hornby se entremezclan con un elemento definitorio de la cultura pop británica, el fútbol, dando como resultado un relato repleto de empatía con su lector, divertido y vívido en experiencias propias y ajenas. Como el enamoramiento, definido en su primera línea de forma magistral.

El siglo de las luces, de Carpentier

Esta noche he visto alzarse la Máquina nuevamente. Era, en la proa, como una puerta abierta sobre el vasto cielo que ya nos

traía olores de tierra por sobre un Océano tan sosegado, tan dueño de su ritmo, que la nave, levemente llevada, parecía adormecerse en su rumbo, suspendida entre un ayer y un mañana que se trasladaran con nosotros.

Ambientada en los tiempos de la Revolución Francesa, *El siglo de las luces* se despliega con elegancia y profundas descripciones, todas tan rítmicas y poéticas como la que abre su primera página, en la historia caribeña a finales del siglo XVIII. Alejo Carpentier logra en apenas un puñado de líneas agarrar por el cuello al lector, de forma mansa y bella, para no soltarlo hasta el punto final de su novela.

La isla del tesoro, de Stevenson

El squire Trelawney, el doctor Livesey y algunos otros caballeros me han indicado que ponga por escrito todo lo referente a la Isla del Tesoro, sin omitir detalle, aunque sin mencionar la

posición de la isla, ya que todavía en ella quedan riquezas enterradas; y por ello tomo mi pluma en este año de gracia de 17... y mi memoria se remonta al tiempo en que mi padre era dueño de la hostería «Almirante Benbow», y el viejo curtido navegante, con su rostro cruzado por un sablazo, buscó cobijo bajo nuestro techo.

Como relato de aventuras, *La isla del tesoro* alcanza la cima de su género. La novela de Robert Louis Stevenson está repleta de misterio, personajes fascinantes e historias apasionantes que apuntan, por intriga y por mundos fantásticos, al corazón del adolescente apasionado que todos llevamos dentro. Y su inicio está pigmentado de todos esos elementos, colocando al lector en predisposición para disfrutar tan esencial libro.

Memorias del subsuelo, de Dostoyevski

Soy un hombre enfermo... Un hombre malo. No soy agradable. Creo que padezco del hígado. De todos modos, nada entiendo de mi enfermedad y no sé con certeza lo que me duele. No me cuido y jamás me he cuidado, aunque siento respeto por la medicina y los médicos. Además, soy extremadamente supersticioso, cuando menos lo bastante para respetar la medicina (tengo suficiente cultura para no ser supersticioso, pero lo soy). Sí, no quiero curarme por rabia. Esto, seguramente, ustedes no lo pueden entender. Pero yo sí lo entiendo.

Texto clave para entender la evolución posterior de Dostoyevski, *Memorias del subsuelo* aborda las taras psicológicas y las contradicciones existenciales de un hombre turbado y enfermo, en el sentido emocional del término, que atravesaba una fase muy baja en su vida, tras la pérdida de sus seres queridos y sus graves problemas financieros. De ahí surge su propio subsuelo y sus propias memorias, autodestructi-

vas y existencialistas antes de que existiera tal término, oscuras y deprimentes, pero brillantes.

Las intermitencias de la muerte, de Saramago

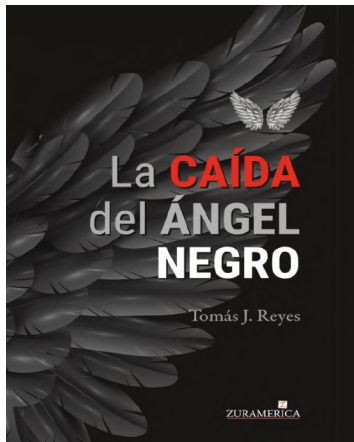
Al día siguiente no murió nadie.

Y el hecho, aunque gozoso a priori, alteró de forma definitiva la historia del país en el que se ubica el relato de *Las intermitencias de la muerte*, publicado por José Saramago en 2005. Es un shock, emocional y físico, y una reflexión sobre la muerte, protagonista aquí como personaje alegórico y como personaje antropomorfo. Ese golpeo, todo en uno, se plantea en una simple frase: "Al día siguiente no murió nadie". ¿Y luego qué?

Para saber más:

<https://magnet.xataka.com/nuestro-tsundoku/37-mejores-comienzos-historia-literatura>

La caída del Ángel Negro - Tomás J. Reyes



Rubén conoció el mal en su estado más puro y se infectó con él. Ha escondido su historia por décadas, pero finalmente decide enfrentar el pasado y repasar los fatídicos hechos de su adolescencia. Necesita saber de sus amigos. En ellos podrían estar las respuestas necesarias para comprender y seguir adelante. Sin embargo, teme desenterrar hechos que causen dolor innecesario a otros. Las vidas entrelazadas de Rubén, Flora y Polo componen el centro de la novela. El regreso a la ciudad de San Cristóbal Navegante y al barrio Paraíso. Allí, en ese barrio, se cruzaron un día sus destinos, allí nacen y se proyectan sus historias hacia la soledad, la venganza, la culpa y la muerte. El amor aparece como salvavidas para algunos de los integrantes de ese universo, lo único capaz de rescatar y reencantar a los hijos del dolor. El asesinato de calle Bogotá rompe la tranquilidad del barrio de provincia y alrededor de aquel acontecimiento nefasto gira la mayoría de los hechos narrados. Hay un culpable, pero es difícil vislumbrar y comprender las razones que tuvo el asesino, sobre todo porque fue un niño, una especie de ángel marcado por la maldad. Rubén inicia el camino de regreso, lucha por unir los trozos perdidos de su adolescencia, los gestos amargos, las cenizas de un romance. Su amor ya ido, su dolor, odio y deseo de retroceder el tiempo, son la energía que mueve las historias hacia adelante. Él busca respuestas que no llegan ni llegarán, busca el camino a un desenlace imposible

236 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-9776-08-3

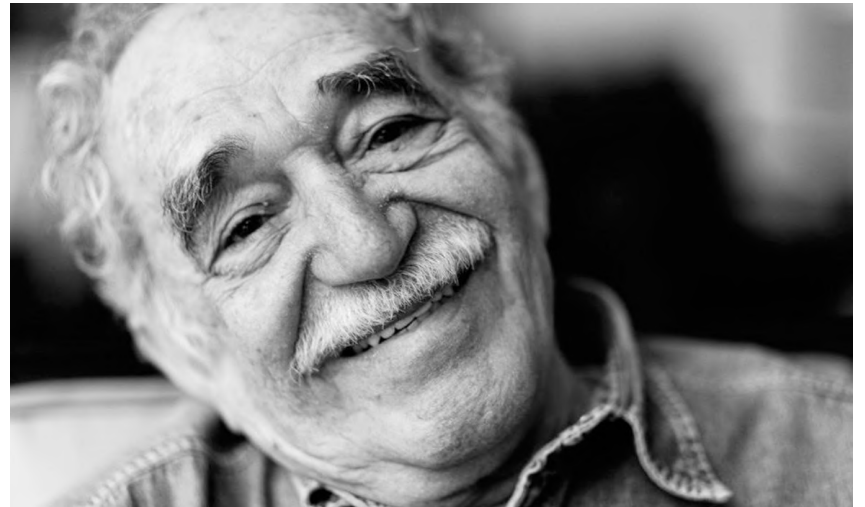
\$ 11.900.-

Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com

**ZURAMERICA**

PRÓLOGOS

De Gabriel García Márquez



Centro Harry Ranson, U. de Texas

Desde el 2014, en el archivo digital del Centro Harry Ransom de la Universidad de Texas, es posible acceder a más de 27 mil documentos privados del escritor Gabriel García Márquez. En esos documentos se encuentran manuscritos, fotografías, cartas, borradores y apuntes a través de los cuales los internautas pueden conocer con mayor profundidad la vida y obra del autor colombiano, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1982.

En el Centro Gabo buscamos once prólogos de García Márquez que puedes hallar en aquel vasto océano de información, muchos de ellos corregidos con el puño y letra del novelista. Leerlos es una oportunidad para abordar una faceta poco investigada de Gabo y cuya composición narrativa goza del mismo espíritu imaginativo de su literatura y su periodismo.

1. El paraíso de Abel

Este es un prólogo que García Márquez escribió para el libro Abel Quezada: *El cazador de musas* publicado en 1989 por la Editorial Joaquín Mortiz. Como un homenaje al caricaturista y pintor nacido en Monterrey, Gabo relata la historia fantástica de un cuadro que le regaló Quezada donde una mujer está bebiendo una copa de vino criollo de una botella a medio vaciar. En las mañanas, la botella del cuadro permanece intacta, pero en las noches el vino desaparece como si la mujer pintada se lo hubiese bebido. Al día siguiente, la botella vuelve a estar a medio vaciar.

Tengo un cuadro de Abel Quezada en el comedor de mi casa. Es el retrato de una mujer de unos cuarenta años sentada junto a una columna roja, solitaria y triste, con una garrafa de vino ro-

sado ya casi vacía y una copa a medio consumir. Lleva una túnica blanca con flores de abril, y un peinado de Mona Maris, y no es posible saber si la luz de sus ojos es por el verde de mar en reposo o por el fulgor de sus lágrimas. Pues tanto su semblante como la soledad de su vino delatan una vieja congoja. De noche, cuando se apagan las luces del comedor, la garrafa está vacía y sólo queda el último sorbo en el fondo de la copa. Pero a la mañana siguiente está otra vez llena hasta la mitad y la copa a medio consumir.

2. El vicio insaciable y corruptor de Ulises

Un prólogo de Gabo escrito en 1998 para la novela *Cuatro años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea quien, en 1947, impulsó la vocación literaria de García Márquez desde la página cultural de *El Espectador* donde era director. Zalamea tenía una columna diaria titulada “La ciudad y el mundo” que firmaba con el seudónimo de “Ulises”.

En el Centro Harry Ransom el manuscrito del prólogo aparece incompleto, pero es posible leerlo completo en el archivo digital del periódico *El Tiempo*.

Es difícil concebir un hombre con tantas ideas propias sobre el oficio de escribir, ni más claridad y poder para contagiarlas. Ese modo de ser, más que una pasión, fue en él un vicio insaciable y corruptor que lo atormentó sin pausa ni reposo hasta su muerte inadmisibles a los cincuenta y seis años. Los más afortunados fuimos lo que compartíamos con él la tertulia del periódico a las cinco de la tarde, que es una instancia desaparecida en el periodismo de hoy. Tenía un olfato casi sobrenatural para desentrañar las vocaciones ocultas y sustentar las definidas, pero sin un ápice de complacencia. Era el lector más lúcido de manuscritos crudos, y por lo mismo el más temible. Sin términos medios, pues lo mejor de su corazón fue la voluntad radical con que nos convencía de romper los borradores que no le parecían dignos de publicarse. Lo que se opone a lo bueno -solía citar- no es lo malo sino lo mediocre. O de otro modo: un escritor es más valiente por lo que se atreve a romper que por lo que se atreve a publicar.

3. Fidel Castro: el oficio de la palabra hablada

Escrito en 1988 para libro-reportaje del periodista italiano Gianni Mina, *Habla Fidel*, este prólogo ahonda en la figura del dirigente cubano Fidel Castro y su habilidad para construir y pronunciar discursos. Un retrato íntimo narrado por el escritor colombiano.

Dos cosas llamaron la atención de quienes oíamos a Fidel Castro por primera vez. Una era su terrible poder de seducción. La otra era la fragilidad de su voz. Una voz afónica que a veces parecía sin aliento. Un médico que lo escuchaba hizo una disertación tremendista sobre la naturaleza de esos quebrantos, y concluyó que aun sin discursos amazónicos como el de aquel día, Fidel Castro estaba condenado a quedarse sin voz antes de cinco años. Poco después, en agosto de 1962, el pronóstico pareció dar su primera señal de alarma, cuando se quedó mudo después de anunciar en un discurso la nacionalización de las empresas norteamericanas. Pero fue un percance transitorio que no se repitió. Han transcurrido 26 años desde entonces, Fidel Castro acaba de cumplir sesenta y uno, y su voz parece todavía tan incierta como siempre, pero continúa

siendo su instrumento más útil e irresistible para el muy delicado oficio de la palabra hablada.

4. Gorgoni, el espía bueno

Prólogo al fotógrafo italiano Gianfranco Gorgoni en su libro *Cubano 100%*. Data de 1997. Allí Gabo hace una breve reseña de la historia de los grandes fotógrafos del siglo XX para después centrarse en el trabajo de Gorgoni sobre la vida cotidiana en Cuba.

Aquel Primero de Mayo de su primera visita, Cuba empezaba ya a superar la mala época en que las muchachas se pintaban una raya en las pantorrillas, para que pareciera la costura de unas medias que no tenían, había que hacer cola hasta para conseguir un sitio en las colas, y no era extraño encontrar por la calle un automóvil sin puertas cuto conductor iba sentado en una silla de comedor. Los cubanos habían aprendido a sobrevivir al bloqueo impuesto por los Estados Unidos doce años antes, y la Cuba nueva empezaba a mostrar una cara distinta. Pero el pudor continuaba. Es muy difícil fotografiar a Cuba, porque los orgullosos cubanos son muy reticentes a mos-

trar las carencias que tantos años de bloqueo les han causado. Gorgoni, sin embargo, tomó su primera foto desde que llegó al aeropuerto, y diez años después había tomado más de 12000. Una selección drástica de ellas, son las 200 de este libro. Pocos extranjeros han tenido ocasión de ver tan de cerca estos años de consolidación.

5. Historia secreta de un gran cuadro

En este prólogo escrito en 1991 para el libro *Alejandro Obregón*, García Márquez cuenta las diferentes aventuras que vivió junto al pintor colombo-español, destacando la historia de un autorretrato de Obregón que el artista terminó a tiros y que luego regaló a Gabo. Es un prólogo perfecto para conocer la personalidad de Obregón y sus particulares métodos de trabajo.

Sucedió la noche de Año Nuevo de 1979, en Cartagena de Indias, cuando dos mujeres muy cercanas a Obregón, en medio

de la fiesta familiar, se pasaron de tono en una disputa sobre cuál de las dos era la dueña del autorretrato todavía oloroso a trementina. «Sentí que el cuadro se estaba volviendo más importante que yo», me dijo Obregón. «De modo que resolví matarlo». Sacó un revólver Smith & Wesson, negro, 38 largo, cañón largo, con cachas de madera, y disparó contra el lienzo la carga completa de balas blindadas. El primer tiro dio en el centro del ojo único. El segundo y el tercero, disparados con el pulso firme y una puntería escalofriante de cazador maestro, entraron por el mismo agujero. La fiesta familiar del Año Nuevo se acabó, por supuesto, pero la disputa se acabó también para siempre. Nadie se atrevió a hablar más del cuadro delante de Obregón, aunque de ningún otro se habló tanto a sus espaldas.

6. La función comienza cuando se llega al cuento

“La función comienza cuando se llega al cuento” es una reflexión de Gabo sobre el exilio de los latinoamericanos escrita en 1977 para abrir la publicación *¡Exilio!*, de los escritores Lizandro Chávez Alfaro, Poli Délano, Miguel Donoso Pareja, José Luis González, Pedro Or-

gambide y Dimas Lidio Pitty. Un prólogo sobre el viaje, la distancia y la nostalgia.

Para muchos latinoamericanos tal vez el exilio ya sea la patria. Sobrevivientes del genocidio, la tortura o la cárcel, vagabundos en París o en Nueva York, peones golondrinas, militantes políticos, becarios conspiradores, compañeros efímeros que uno encuentra en Suecia o en México; obreros, escritores, estudiantes, forman –formamos– una legión errante que se identifica por ciertos rostros de desdicha o de furia fecunda, y a veces también por la risa de los viejos chistes repetidos hasta el cansancio, y viajes y migraciones voluntarias o impuestas por la patria ajena y ancha del mundo.

Todos se conocen. Todos se preguntan por un trabajo, por una visa, por un lugar donde vivir, por los amigos invisibles que ya no viajan porque ya no podrían viajar sino en los sueños de los que sobreviven. Ese es el exilio. Y también los encuentros fugaces, la calle de una ciudad que se parece tanto a la de uno, pero que no lo es, aunque todas sean la misma esquina del mundo...

7. Memoria de Antonio en su mecedora de navegar

Escrito en 1993 para el libro *En canoa del Amazonas al Caribe*, este prólogo relata los por menores fantásticos que antecedieron al científico cubano Antonio Núñez Jiménez en su expedición de tres mil cuatrocientas ochenta y cinco leguas náuticas en canoa desde el Amazonas a Cuba, a través de veinte países. Un texto sobre el poder de la imaginación y la aventura que recuerda, en algunos apartes, los viajes de Melquíades y las expediciones de José Arcadio Buendía.

Antonio llegaba siempre cargado de cosas que parecían recatadas de los naufragios que iba a padecer: un banderín de señales, una camiseta con el escudo de su heráldica personal, botas a prueba de serpientes, artes de pescar fabricadas con hilos y huesos primarios para engañar a los peces de la Edad de Piedra con que pensaban sobrevivir. Apartaba los platos, los cubiertos, la canasta del pan que ya estaban puestos para empe-

zar a cenar, y extendía en la mesa un mapa dibujado en sus delirios equinocciales por los cartógrafos de Orellana, o de Magallanes, o tal vez de don Enrique el Navegante, de quién sabe quién, y el comedor de se llenaba de rugidos de fieras mitológicas, de canciones de caníbales heridos de amor, de blasfemias de misioneros desmoralizados por no encontrar a Dios en los infiernos de la Amazonia.

8. Mi amigo Mutis

Originalmente se trató de un discurso de García Márquez pronunciado el 25 de agosto de 1993 en la Casa de Nariño durante la celebración del cumpleaños número setenta del poeta Álvaro Mutis. Cuatro años después, el discurso sería usado como prólogo para el libro *La mansión de Araucaíma y otros relatos*, publicado en 1997. En “Mi amigo Mutis”, Gabo narra su relación con el poeta colombiano, la amistad que los une y el valor de su obra, tanto en el ámbito de poesía como en el de la narrativa.

Nadie puede imaginarse cuál es el altísimo precio que paga Álvaro Mutis por la desgracia de ser tan simpático. Lo he visto tendido en un sofá, en la penumbra de su estudio, con un guayabo de conciencia que no le envidiaría ninguno de sus felices auditores de la noche anterior. Por fortuna, esa soledad incurable es la otra madre a la que debe su inmensa sabiduría, su descomunal capacidad de lectura, su curiosidad infinita, y la hermosura quimérica y la desolación interminable de su poesía.

Lo he visto escondido del mundo en las sinfonías paquidérmicas de Bruckner como si fueran divertimentos de Scarlatti. Lo he visto en un rincón apartado de un jardín de Cuernavaca, durante unas largas vacaciones, fugitivo de la realidad por el bosque encantado de las obras completas de Balzac. Cada cierto tiempo, como quien va a ver una película de vaqueros, relee de una tirada *En busca del tiempo perdido*. Pues una buena condición para que lea un libro es que no tenga menos de 1.200 páginas. En la cárcel de México, donde estuvo por un delito del que disfrutamos muchos escritores y artistas, y que sólo él pagó, permaneció los dieciséis meses que él considera los más felices de su vida.

[...] Basta leer una sola página de cualquiera de ellos para entenderlo todo: la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que

nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido. Es decir: Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice. Maqroll somos todos.

9. Prefacio para un nuevo milenio

Otro discurso transmutado en prólogo. Gabo lo escribió en 1990 para inaugurar la exposición de arte titulada “Figuración y fabulación: 75 años de pintura en América Latina, 1914-1989”, a cargo de Milagros Maldonado. Allí el escritor colombiano resalta el poder transformador de la imaginación en América Latina de cara al siglo XXI.

Entramos, pues, en la era de la América Latina, primer productor mundial de imaginación creadora, la materia básica más rica y necesaria del mundo nuevo, y del cual estos cien cuadros de cien pintores visionarios pueden ser mucho más que una muestra: la gran premonición de un continente todavía sin descubrir, en el cual la muerte ha de ser derrotada por

la felicidad, y habrá más paz para siempre, más tiempo y mejor salud, más comida caliente, más rumbas sabrosas, más de todo lo bueno para todos. En dos palabras: más amor.

10. The alchemist in his lair

Un prólogo de García Márquez que el Centro Harry Ransom conserva en inglés. Fue escrito en 1980 para la inauguración de una exposición de arte del pintor colombiano Darío Morales. Cuenta el crecimiento de Morales como artista, sus viajes fuera del país (especialmente Francia) y sus mujeres de óleo.

Somebody tried to convince Darío Morales that it was useless to suffer such hardships and counseled to return home to Cartagena de Indias, the noisy Caribbean city of his birth, where it would be easier to him to make ends meet. Darío Morales turned down the advice with a cryptic argument: “Wherever I go, I will always be the same”. In Paris he could, at least, feed

upon languid writers called spiritual nourishment: he had the opportunity to see with his own eyes, whenever he desired, the finest paintings in the world. What's more, at the time he'd just read an evening paper that the Laint Quarter alone harbored eleven thousand anonymous painters from all corners of the globe who lived under the same conditions as he, and not one of them, as far as any statistician could remember, had ever died of hunger. This news made him feel less alone, which is extremely cheering when you're young and in Paris with nothing to eat.

11. Tomás Sánchez

Este texto de García Márquez escrito en el 2002 prologó un catálogo de pinturas del artista Cubano Tomás Sánchez, a quien Gabo considera un autor de paisajes proféticos.

Creo que el destino de Tomás Sánchez es crear con su obra el modelo del mundo que debemos construir de la nada después del Juicio Final. La idea se le ocurrió a un viejo crítico que se había propuesto explorar trazo por trazo los paisajes milimétricos de Tomás Sánchez para descubrir los secretos de su arte, y

todavía no ha vuelto a casa. Empezó por extraviarse en el ámbito de las hojas más cercanas, copió sus nervaduras geométricas, sus estomas sedientos, creyendo divagar por un bosque fácil cuyo mérito se fundaba en la repetición, y terminó por descubrir lo contrario: no había dos hojas idénticas.

Para ir al Centro Gabo:

<https://centrogabo.org/gabo/contemos-gabo/11-prologos-de-garcia-marquez-que-puedes-leer-en-el-archivo-del-centro-harry>

Fabulario - Rodrigo Barra Villalón



Si nos dejamos llevar por un sentido literal, este libro sería un conjunto de fábulas, esto es, una serie de breves relatos con intención didáctica o crítica y su consecuente moraleja final. Pero una vez iniciada la lectura del libro entendemos que estamos frente a otro tipo de escritura, que deja de lado lecciones o enseñanzas estrictamente puntuales, para adentrarse en un territorio de límites más que porosos, donde lo falso puede sonar verdadero y también su contrario, y donde el enigma cede el paso a la evidencia.

216 páginas / año 2019 / ISBN: 978-956-9776-01-4

\$ 12.500.-

Para adquirirlo directamente, solo **sigas este enlace** contáctenos a: ventas@zuramerica.com


ZURAMERICA

George R. R. Martin,
Stephen King y Edward Bryant
trabajaron juntos en un cómic de
Marvel

LA CURIOSIDAD



PRÓLOGOS

Si necesitáis un prólogo,
amigo, amiga, aquí está
dispuesto vuestro
humilde servidor



Edmundo Moure

Esto que voy a contaros ocurrió en nuestra Casa del Escritor, en noviembre de 1988. Fernando González Urizar (1922-2003), poeta chileno, nacido en la localidad de Bulnes, fino y prolífico, con una obra de más de treinta poemarios, era por entonces director de la Sociedad de Escritores de Chile.

Ese año, el del plebiscito que defenestró al infame dictador, bajo el sello editorial Logos, fundado por mí y por un socio ruin de triste memoria, publicamos a Fernando su libro *Albalá del azul marchito*. El título resulta enigmático, más aún si no conocemos la palabra de origen árabe albalá, que significa “dispensa, cédula real en que se concedía un privilegio”, es decir una liberación de cargas u obligaciones, también el otorgamiento de una libertad explícita. A partir del nombre de aquella singular obra poética, podemos colegir que la poesía de González Urizar os-

tentaba un brillo idiomático notable, aunque para muchos resultase barroca y algo manida.

Cabe señalar que en nuestro medio literario, el uso de un lenguaje que exceda el empleo de palabras más o menos comunes, se considerará habitualmente como “barroquismo”, una limitación estética más que un logro del estilo (Jurado Francisco Mouat dixit). Se debe esto, sin duda, al empobrecimiento generalizado de nuestro riquísimo idioma. Y aunque Fernando González Urizar recibiera en vida numerosos galardones y premios –entre ellos el Municipal de Literatura-, esa característica asignada a su obra no le abandonó nunca y fue, a mi entender, uno de los factores que le impidieran alcanzar el ansiado Premio Nacional de Literatura-

Recuerdo que presentamos *Albalá del azul marchito* ante destacadas figuras de las letras chilenas, como Humberto Díaz Casanueva, Ju-

vencio Valle, Guillermo Trejo, Mario Ferrero, Matilde Ladrón de Guevara, Teresa Hamel, Paz Molina, Luis Sánchez Latorre... entre otros. Antes de subir al podio, el poeta repartió entre los asistentes un breve glosario de su libro, con la buena intención de aclarar al público el sentido de algunas palabras que, de seguro, escapaban a la comprensión de muchos. Esto provocó la molestia de Humberto Díaz Casanueva, que alzó su vozarrón para decir: -“Me parece una falta de respeto, Fernando, que nos entregues un glosario... ¿Crees acaso que somos unos ignaros?”...

Pese a su atildada estampa de caballero, siempre de terno y corbata, a González Urizar parecía traicionarle su bonhomía, su generosidad con los pares de oficio. Así, una tarde de ese mismo año 1988, se me acercó para comentarme que estaba en un embarazoso dilema...

“Edmundo, hay una poetisa mayor o muy madura (de edad, entiéndase) que me ha pedido un prólogo para su primer libro de poemas y, además, que yo la presente en el ‘lanzamiento’, aquí, en la SECH... La verdad es que su poesía me resulta muy... ¿cómo diré?... precaria. ¿Qué puedo decirle?”.

Le respondí que buscara un pretexto: trabajo excesivo, un viaje obligatorio, algo así, para salir del paso.

Tres semanas más tarde, la poetisa presentó su libro, ofreciendo un cóctel que era, por aquellos días de escasez, casi pantagruélico. En la testera, Fernando González Urizar leyó el prólogo. Fue un derroche de ditirambos, hipérbolos y juicios encomiásticos proferidos por el flamígero poeta de Bulnes... Quedé pasmado... Pasada la lectura de la primera página, el rostro de la autora lucía profuso de lágrimas. Al

concluir, corrió hacia nuestro recordado Fernando, le echó los brazos al cuello, exclamando: -“Con este padrino, mi futuro en la literatura chilena será sin duda espléndido...”.

La solicitud recurrente de prólogos, pósticos o liminares, suele transformarse en compromiso incómodo y a menudo difícil de eludir. ¿Cómo decirle a un colega, a un hermano o a una hermana en esta mezquina fraternidad de las letras nacionales, que su libro no está a la altura de nuestra pretendida sapiencia o dudoso prestigio?

Para mis libros *La Voz de la Casa* y *Gente de la Tierra*, solicité prólogos a Hernán Ortega Parada y a Luis Sánchez Latorre, respectivamente. Cuando vuelvo a leer aquellas introducciones, me parecen exordios inteligentes y juiciosos, que uno quisiera encarnar para siempre en el devenir de las propias palabras tejidas con el

lenguaje y la memoria, estos dos elementos intrínsecos del buen oficio literario.

Por supuesto que hay “salidas honrosas” ante solicitudes apremiantes, como irse olímpicamente por las ramas, no comprometer juicios rotundos ni opiniones sin vuelta atrás, buscar términos, palabras, giros del lenguaje que parezcan sugerir, sin dar nada por sentado de manera definitiva. Sí, apreciado lector, una suerte de hipocresía profesional, parecida a esa opinión que nos exige la tía abuela, acicalada para una fiesta familiar: -“¿Cómo me veo, hijo?... -“Linda, tía, no podrías verte más estu-penda”.

(Si necesitáis un prólogo, amigo, amiga, aquí está dispuesto vuestro humilde servidor).

PALABRAS REBUSCADAS...

nefelibata

persona soñadora que no se apercibe de la
realidad

WITOLD GOMBROWICZ

Maloszyce, Polonia
4 de agosto de 1904

Vence, Francia
24 de julio de 1969



Biografías

Nació en el seno de una familia acomodada perteneciente a la nobleza polaca. Estudió Derecho en la Universidad de Varsovia desde 1926 hasta 1932. Por esta época, paralelamente comienza a frecuentar los circuitos culturales de la ciudad, como los cafés Zodiak y Ziemiańska junto a otros jóvenes escritores e intelectuales. En 1933, Gombrowicz publica algunas historias cortas reunidas bajo el título de *Memorias del período de la inmadurez*, obteniendo pobres críticas (Este libro será posteriormente reeditado, con el añadido de tres cuentos más, con el nuevo título de *Bacacay* o *Bakakai*). Su primer éxito llega en 1937 con la novela *Ferdydurke*, que ganó notoriedad a raíz de la virulenta crítica dirigida a la parte nacionalista de la sociedad de Varsovia.

Algunos días antes del estallido de la II Guerra Mundial viaja invitado con una embajada de escritores polacos, a la Argentina. Durante

el viaje, Alemania invade repentinamente Polonia y ante los acontecimientos que se producían en Europa, Gombrowicz decide permanecer en Buenos Aires, donde vivirá, al comienzo, en condiciones de extrema pobreza. Por mediación de varios conocidos de su misma nacionalidad, acaba por obtener un trabajo en la sucursal argentina del Banco Polaco (es en las horas muertas en este puesto de trabajo donde, ocultándose de su jefe y compañeros, escribirá *Transatlántico*, como él mismo explica en el prólogo a la novela).

Yo fui a Argentina por pura casualidad, sólo por dos semanas, y si por un azar del destino la guerra no hubiese estallado durante esas dos semanas, habría regresado a Polonia, aunque no voy a ocultar que cuando la suerte fue echada y Argentina se cerró de golpe sobre mí, fue como si por fin me oyera a mí mismo. W. Gombrowicz. *Diario*, 1964

Hasta comienzos de 1963, Gombrowicz permanece en la Argentina, desempeñando diferentes ocupaciones (periodista, traductor, profesor de filosofía...) y congregando en torno suyo a un círculo de fieles escritores y artistas, como Jorge Rubén Vilela, Jorge Di Paola, Juan Carlos Gómez, Mariano Betelú, Carlos Mastronardi, Manuel Gálvez, Arturo Capdevila y Miguel Grinberg.

Previamente, la traducción colectiva de *Ferd-ydurke* al castellano que realizó con sus camaradas del café Rex culminó en un lenguaje complejo, infantil y vanguardista al mismo tiempo: la publicó Editorial Argos en 1947, con prólogo del autor. La obra mereció los elogios de Ernesto Sabato, quien prologó la reedición argentina del libro para Editorial Sudamericana en 1964, sello que publicó *Diario Argentino* en 1967. Sus novelas y obras de teatro fueron censuradas en la Polonia comunista hasta finales de los

años 1970; sin embargo, fueron publicadas en polaco por su amigo Jerzy Giedroyc, quien había creado en París, en 1950, una editorial llamada Kultura. Ya que muchos de los libros publicados por Kultura fueron objeto de contrabando dentro de Polonia, las obras de Gombrowicz llegaron a ser bien conocidas allí.

A finales de los años 1950, la novela semi-autobiográfica *Transatlántico* fue representada en París y recibida con interés por los críticos teatrales franceses, otorgando a Gombrowicz cierta dosis de fama. Durante esta época se comenzarán a publicar también sus extensos *Diarios*, en los que ofrece sus reflexiones sobre Argentina y apunta de forma más o menos velada su homosexualidad.

En 1963 recibe una invitación de la Fundación Ford que le ofrece una estancia en Berlín, y en 1964 se establece en Royaumont, cerca de

París, donde emplea a Rita Labrosse, una canadiense procedente de Montreal, como secretaria personal (con la que unos años más tarde contrae matrimonio). Unos meses después, se instala en Vence, cerca de Niza, donde transcurre la última etapa de su vida, muriendo en 1969. En 2013 su viuda publicó *Kronos*, un diario íntimo del que no se tenía noticia, que contiene anotaciones de su vida sexual.

Las obras de Gombrowicz se caracterizan por un profundo análisis psicológico, un cierto sentido de paradoja, el absurdo, y su tono anti-nacionalista. En su primera novela, *Ferdydurke*, que presenta muchos temas que serán explorados y desarrollados en sus posteriores obras: los problemas de la inmadurez y la juventud, la tendencia hacia la forma, las máscaras que el hombre se coloca frente a los demás, y un crítico e irónico examen de los papeles de las clases en la sociedad y la cultura polacas, es-

pecialmente de la nobleza, representantes de la Iglesia católica y su provincianidad.

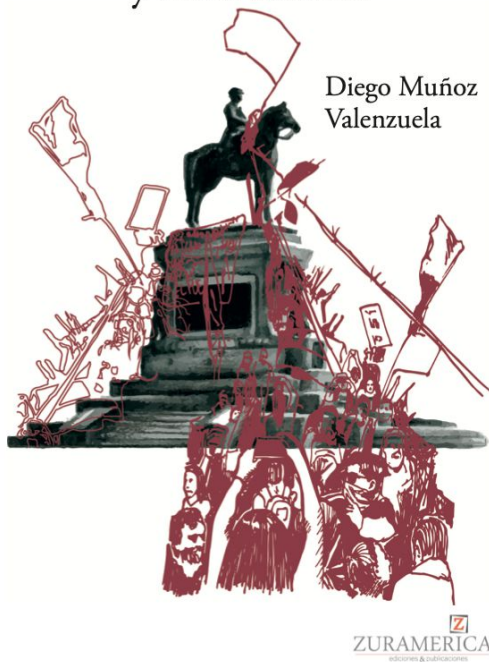
Ferdydurke provocó severas reacciones de crítica e inmediatamente dividió a la audiencia de Gombrowicz en devotos admiradores y acérrimos enemigos. En posteriores novelas (*Pornografía*, de 1960, primeramente traducida al castellano con el título de *La Seducción*; *Cosmos*, de 1967) continuará el análisis de estos problemas, desarrollando un estilo cada vez más libre, deudor al mismo tiempo de las vanguardias de principios del siglo XX (al igual que su amigo Bruno Schulz) y de los grandes escritores satíricos europeos (Rabelais, Laurence Sterne).

A pesar de su corta obra, Gombrowicz es uno de los escritores vanguardistas más importantes del siglo XX y ha sido comparado con Joyce y Kafka. Corrosivo y tragicómico, siem-

pre fue crítico con toda forma de identidad colectiva, que veía como una imposición injusta - aunque inevitable - sobre el individuo y su libertad. Así, la identidad nacional resultó uno de sus principales enemigos y atacó satíricamente las tradiciones polacas, la historia del país y su literatura. Sin embargo, es este mismo conflicto con sus orígenes lo que constituye el punto de inicio de sus historias, que a la vez que ineludiblemente modernas permanecen así enraizadas en la tradición y la historia polacas.

Foto de portada - Diego Muñoz Valenzuela

Foto de portada y otros cuentos



El acertado título nos retrotrae a una suerte de reconstitución de escena, a un ideario rejuvenecido en la narrativa de Diego Muñoz Valenzuela que, por esas paradojas de la historia, nos vuelve a situar en un presente asolado por cercanas miserias de un período deleznable: el largo periplo dictatorial que terminó con los sueños de una generación completa. Desde una visión de mundo que fuera arrasada por los calculados desequilibrios mentales de quienes ostentaron un poder omnímodo, sus personajes parecieran manotear en un océano de duda y desconcierto. Sin embargo, en esa dura travesía, donde las pesadillas persisten en ostentar el sello de lo irremediable, es posible atisbar pequeños intersticios de una esperanza que nunca se extinguió del todo. Cuando el virus de la insensatez corroe los espacios antiguos y modernos, cuando esos invisibles enemigos se mimetizan en un neoliberalismo despiadado cuyo único norte continúa siendo la codicia desenfrenada, esta recreada *mise en scène* de Diego nos representa un salto atemporal, a la vez que nos advierte sin tapujos de los peligros que encierran las sociedades desprovistas de un sentido esencial: su espíritu de fraternidad. Un libro imprescindible hoy como ayer, que se esmera en instalarnos en el centro mismo de nuestro extraviado humanismo.

162 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-9776-03-8

\$ 11.900.-

**ZURAMERICA**

Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com